

EL CONVIVIO

In angello cum libello.

(KEMPIS)

MANUEL DIAZ - RODRIGUEZ

CUATRO SERMONES
LIRICOS



IMPRENTA ALSINA

SAN JOSÉ. COSTA RICA. C. A.

1918

Elogio del candor

DISCURSO

pronunciado el 13 de marzo de 1910 en el Paraninfo de la Universidad Central, durante la celebración del cuarto aniversario del Liceo de Ciencias Políticas, sociedad de estudiantes: encierra un elogio del Candor.

Estudiantes:

A PARTE de que mi palabra huelga donde la del saber, engarzada en arte de buen decir, la va a llevar ante vosotros un egregio conferencista, cuyas virtudes y talento son de los raros que pueden llamarse gloria venezolana pura, aparte esa consideración, ya suficiente por sí sola, era necesaria una dulce violencia vuestra, abonada por el recóndito deseo que yo tenía de acompañaros en vuestro aniversario, para que mis labios rompieran el sello de silencio que les impuso el dolor, una honda pena reciente que hizo de mi corazón, antiguo jardín de rosas, un pozo de lágrimas, y cuyo estupor dejó la angustia desesperante de la esterilidad en los ámbitos en mi espíritu. Sólo esa

dulce violencia vuestra, y la posición que respecto de vosotros ocupó, y me obliga, hacen que, si no a satisfaceros en cuanto aspiráis, venga a traer os un pobre consejo y una sencilla admonición que, traídos por mí, no serán el campánudo y solemne sermón del magister, ni os recordarán la férula desusada y antipática de los antiguos rectores, que no cuadraría a mis manos, antes parecerán a vuestros ojos demasiado suaves disciplinas, a semejanza de un gajo campestre, de esos que sí conocen mis manos muy bien, ingenuo gajo que espera, si mi amor no alcanza a vestirlo de flores, que la flor de vuestra juventud le preste su fragancia y belleza.

Al dirigirme a vosotros, oh estudiantes, y admirar vuestro esfuerzo cumplido, me complazco en saludaros, en medio del escepticismo ambiente, como a los conservadores de la fe, como a los guardianes del ideal, como a quienes corresponde ser, dentro y fuera de estas aulas, descendientes legítimos de los Sanz, de los Vargas, de los Acosta, de cuantos venezolanos ilustres lucharon, más que por el aplauso y el provecho, por el vigor de su idea, por el triunfo de su ciencia, y así no más fueron gloria y honor de la patria. No son meros fantasmas de la primera edad, como dijo Leopardi en versos que llegaron al más alto acento lírico de la humana desesperanza, no son meros fantasmas de la primera edad, sino que pueden y deben hacerse verdades tangibles, cual vivos entes

reales, la gloria y el honor. A mi orgullo bastaría que esas palabras quedasen flameando en el ápice de vuestros espíritus como una bandera, o que vuestros labios de cuando en cuando las recogiesen en un grito que resonara como una lección categórica sobre el tropel cada vez más numeroso del arribismo imperante. Sería un contraveneno ideal de esa ponzoña que desde hace tiempo mata las más nobles energías de nuestro país, un correctivo o remedio de esa locura que entre nosotros arrastra a la mayor parte, locura engendrada en la vanidad, en el odio a la medianía, en el miedo a la injusticia, en el terror a la miseria, en el espectáculo de una democracia híbrida y en ensayo, de agria y difícil fermentación, en que con vertiginosa rapidez nacen y se deshacen las fortunas lo mismo que se encumbran y se abaten las gentes; locura que ha hecho florecer en campos y poblados, en jóvenes y viejos, en labios y corazones, el insano propósito de dar por único objeto a la vida la conquista de la riqueza, como si ya en el mundo actual no existiera otra fuerza, ni otro ideal, ni otro dios que Nuestro Señor el Dólar.

No quiero hacer voto, ni aspiro a que vosotros lo hagáis, de pobreza franciscana, aunque ésta encierra una lección provechosa y divina. Pretendo a lo sumo significaros que primero que nada está el atender a la idea predominante en cada uno de nosotros, el trabajar por el continuo perfeccionamiento de la actividad o función que la vida nos

ha encomendado, en una palabra, el servir al ideal y ponerlo sobre todas las cosas, como el juez debe poner sobre todas las cosas la justicia, y el sabio la verdad, y el artista la belleza, y así cada hombre su ideal, porque cada hombre tiene el suyo, desde el más humilde escardador de la era hasta el más alto y soberbio conductor de naciones. Cumplido ese deber primordial, bien pueden venir entonces el aplauso y la riqueza como accesorio y complemento, o como grata y justa añadidura. Y si la riqueza y el aplauso no vienen, poco importa, porque si hemos servido a nuestro ideal con el desinterés que él reclama, claro y pulcro, habremos llegado por lo menos a dar y a dejar nuestra expresión, a marcar nuestra personalidad en el espacio y en el tiempo como en una medalla de rasgos inconfundibles, de modo que nuestra pobreza personal y transitoria puede volverse estímulo y blasón, riqueza permanente y efectiva de la patria. Así, después de haber luchado con todo desinterés por su ideal heroico, después de haberlo impreso y circunscrito para la eternidad y en la sombra con un tajo de luz, la final pobreza de Bolívar es a nuestro patriotismo un legado muy más precioso que todas las minas de oro de la tierra.

Una de las fuerzas letales que más porfiadamente se oponen al cultivo sereno y al triunfo del yo, y que más tenazmente nos aconsejan buscar el oro por el oro mismo y no para que sirva al ideal como sería lo más cuerdo, es aquel feo defecto de

vanidad que nuestro Miguel José de Sanz en el carácter venezolano encontró y analizó con certera perspicacia de psicólogo. Por eso yo quisiera exaltar en vosotros y, de ser posible, en todos los hombres de buena fe de mi país, aquellas otras fuerzas naturales contrarias a la vanidad, capaces de perfeccionar nuestro yo, la esencia de nuestra personalidad más íntima, hasta hacernos indiferentes a la pobreza o la riqueza, a la diatriba o la lisonja, a todas las miserias de la vanidad, elevando a nuestro espíritu sobre la roca diamantina del orgullo.

Una de las virtudes o fuerzas naturales que con más eficacia participan en esa obra de luminosa transfiguración del espíritu, es el candor, el ingenuo candor, y me apresuro a nombrarlo antes que al escepticismo y la ironía les parezca mi afirmación una simpleza. Yo sé que la corriente y vulgar acepción de la palabra confunde todas las formas del candor; yo sé que el candor es tenido, a una observación superficial, por algo muy distinto de una fuerza, y que más bien fueron reputados por débiles cuantos hombres lo cultivaron, como aquel incomparable Cecilio Acosta que entre nosotros y como nadie lo cultivó en su corazón, tal como un gran lirio de pureza en un vaso de púrpura. Caso de no ser él mismo una fuerza, es la sangre o el alimento de la fuerza que va a cuajar en el orgullo, en la suprema expresión de la personalidad, en el completo señorío de sí propio. Bajo su más hu-

milde forma, el candor es en nosotros aquel estado en que vemos con serena alegría y por eso mismo comprendemos las cosas de la naturaleza, en que nos hallamos ante la vida como los grandes ojos abiertos del niño, a quien todas las cosas aparecen como cosas de encanto, o como el ojo experto y sabio, pero sin sombras de malicia, de un artífice ateniense que, durante los juegos del gimnasio, fuera a estudiar la armonía del movimiento y la belleza en las formas impecables de una Friné desnuda. Es un estado de aguas transparentes, de substancia cristalina, en que como un cristal de roca nos dejamos atravesar de todas las influencias y de todos los rayos de la luz, y en el que, enriqueciéndose con influencias y rayos benéficos, no padece menoscabo ninguno el modo característico y original de nuestra vida interior. Sólo ese estado nos permite penetrar el secreto de los seres y las cosas, amar todas las formas de la pasión y de la vida, y sólo por él se nos revela, en lo que muchas veces llama crimen la lengua imperfecta y vulgar, aquello que Emerson llamó «la santidad de todo lo que es profundo».

Quien no sabe de candor pasará y repasará con ciega y sorda indiferencia junto a la más acabada maravilla. En vano pasará y repasará bajo la maravillosa arquitectura del árbol que ahí fuera se levanta y que ya tiene derecho adquirido a ser grabado en el escudo de la ciudad y en el emblema de vuestra Asociación; en vano, porque ese hombre

que no sabe de candor será incapaz de entender la lección de belleza y de vida armoniosa que proclama, con su infinita lengua de esmeralda, toda la pompa de la ceiba. Su vida se embellecería por un momento, y se iluminaría tal vez para siempre el misterio de su vida interior, si se detuviera a considerar el proceso de milagro que, desde la semilla miserable y minúscula, fué, en progresiva y alterna sucesión de ramas verdes, a rematar y condensar toda la armonía preexistente del sér en la perfecta armonía de la copa coronada de azul que, en la redondez y el ímpetu del vuelo, nada tiene que envidiar a ninguna cúpula arrogante de basílica.

Porque él nos muestra en toda limpidez las cosas naturales, el candor es una fuerza insustituible en el espíritu de los hombres de ciencia: El sólo puede librarles de caer en pecado de pseudo-ciencia, en las redes del científicismo preauntuoso, en la manía de los clisés y de los esquemas a priori, a los que, contra toda verdad y contra el método mismo de la ciencia moderna, algunos hombres que se apellidan sabios intentan ajustar, deformándolos, experiencias y hechos de los más claros y precisos.

Del candor se deriva o parece derivarse como su natural corolario, o como su forzosa disciplina, el respeto. No hablo de falsos respetos, de esos que marchan dóciles detrás de las consideraciones sociales: hablo del respeto verdadero, desgraciadamente escaso entre nosotros, donde las perennes

visicitudes de la vida pública, la guerra declarada a la tradición por cierta patriotería irreverente, y un modo erróneo de entender la buena doctrina democrática, han invertido los valores y tergiversado jerarquías. Y no me refiero tan sólo al respeto por los superiores, al respeto por los que están sobre nosotros en el merecimiento y la virtud, porque ese respeto, fuera de muy raros y fugaces eclipses de pueblos en barbarie, es un evidente imperativo moral: me refiero también al respeto por los iguales, que es una consecuencia del respeto a sí mismo, y aun al respeto por los inferiores, que viene a ser un mandamiento complementario de la fraternidad humana. Y podría agregar, si bien ya aquí la palabra respeto no encaje, hasta el respeto por los seres y las cosas humildes, aludiendo al sentimiento de admiración y de gracia que, cuando los contemplamos con ojos de simpatía y candor, suscitan en nosotros los seres y las cosas más humildes que abarca la naturaleza.

Para el hombre capaz de candor y de respeto no hay nada menospreciable en la ciencia, en el arte ni en la vida. Semejante verdad puede servirnos para prácticamente establecer la distinción entre el hombre que es pura vanidad y está hecho por la opinión de los otros, y el hombre que se ha hecho a sí mismo y ha coronado la más alta cima del orgullo. Estad seguros de que un hombre irreducible al respeto, que anda por todas partes como un

pregonero de su menosprecio por todos y por todo, estad seguros de que ese hombre, ya se codée con vosotros en las aulas u ocupe la cátedra del profesor, ya señoree el sillón de la Academia o la curul del Senado, es desabrida mediocridad, irremediable limitación, o absoluta ininteligencia.

Por tanto yo os invito, oh estudiantes, a que, guiados por el desinterés y el candor, disciplinados en el respeto, encendidos del más puro entusiasmo, persigáis con el mismo desarrollo armonioso de la ceiba, el perfeccionamiento de vuestro yo, hasta dominar la excelsa roca del orgullo. Entonces, llegados a la cima, la simple agua transparente de vuestro candor se habrá endurecido en un diamante. Entonces, con la conciencia del propio valer, podréis hablar en la lengua de Cecilio Acosta cuando, humilde y pobre, en medio a su pobreza y humildad osó decir a los cuatro vientos de la tierra: «lo que yo escribo, perdura». Entonces, a tan alto grado de perfeccionamiento interior, poco os importarán las miserias de la vanidad y la angustia de la pobreza. Siempre habrá pensamientos de nobleza y de amor que perfumen vuestras frentes solitarias, cuando no las nimben las estrellas de la gloria. Como el Avila, cuya frente nos parece de lejos desolada y sin vida; pero en ella hay pesgua e incienso, y cuando el fuego de las rozas trepa hasta ella y la inflama, se deshace en aromas que el viento de la cumbre lleva hacia el mar o arrastra hacia el valle. Como el

Avila, a cuya frente de granito, por las noches claras, bajan a posarse los pájaros de oro del cielo.

He aquí, oh estudiantes, el cándido y breve sermón que, en obsequio a las rosas primeras de vuestros corazones juveniles, fraternalmente compusieron las últimas rosas que el amor enciende en el ocaso de mi juventud.

Panegírico de Calixto González

Pronunciado el 10 de marzo de 1912 en el Paraninfo de la Universidad Central, cuando un grupo de médicos, discípulos y admiradores de Calixto González, entregó al Gobierno de la Universidad el mármol destinado a transmitir a las generaciones futuras la efigie austera y noble de este sabio médico, singular maestro y propulsor de la medicina venezolana: exalta las virtudes activas en el silencio.

Señor Ministro de Instrucción Pública; señor Rector de la Universidad; señoras; señores:

ANOS cuantos discípulos fieles ponen hoy bajo la custodia de la Universidad, encomendándola al amor y a la reverencia de los pósteros, la efigie de su maestro. Hé aquí un acto severo como la justicia que él entraña y al mismo tiempo ingenuo y claro como la virtud que glorifica.

Quizás no hayamos presenciado nunca, ni presenciemos otra vez en el porvenir, un acto como este, de cuya modestia y sencillez pueda expresarse la significación más alta.

La sola fuerza de la virtud, en su acepción primitiva y candorosa, explica lo excepcional del suceso. Porque no se trata, señores, de un hombre que culminó en acciones de estruendo y brillo, ni sintió sobre su frente los gajos pomposos de los arcos triunfales, ni fué pretexto a la trivial fanfarria de la prensa, ni mucho menos momentánea corona de ocasión a los tumultos de la plaza pública. Por su obra y su vida que, siendo activas y de lucha, fueron silenciosas, él pertenece a la divina y rara estirpe de aquellos hombres de quienes dijo Carlyle que son la sal de la tierra.

No fué como el agua que se precipita de las cumbres a caer con estrépito en el asombro del valle, o se dilata en río rumoroso a través del estupor de la selva, sino como el agua subterránea y oscura que nadie ha oído ni ve, pero de cuya existencia y proximidad no dudamos, porque a su fresco influjo la tierra se cubre de flores. El discurso flamante o el volumen pesado y presuntuoso no cuadraban a su índole austera, que se acomodaba más bien a la sobriedad precisa del estilo conversable, propio al consejo y la consulta, semejante en eso a los griegos antiguos que, sin diarios, revistas, ni libros, ni otro ninguno de los modernos recursos corrientes de propaganda, enseñaron sin embargo a su pueblo y a la humanidad, no más que platicando con toda llaneza en el sano ambiente de los jardines, o al abrigo del duro sol de las calles, bajo los pórticos de Atenas.

Hay en el seno de cada pueblo toda una categoría de hombres que, por su obra y su genio, son los hermanos espirituales de esos antiguos; hombres que en su mayor parte pasan inadvertidos y oscuros; de quienes frecuentemente se pregunta con extrañeza qué hicieron, qué dejaron, cuál fué su obra, sencillamente porque su obra, aunque de perfecta realidad y de alcance incalculable y positivo, se confunde, por ser de pura substancia y fuerza ideal, con el nombre mismo del obrero; sencillamente porque su obra está, más bien que en la obra misma, en infundir la voluntad de esa obra en los demás, para que los demás y por ellos la realicen. Con toda sencillez, lo mismo que si cumplieran una función inaplazable de su naturaleza, y sin dar a ese acto gran valor, van reparando a todos la propia substancia, que aparecerá más tarde en la obra ajena como imprevisto rasgo de originalidad suma. Con ademán indiferente, van por la vida sembrando unos laureles, a cuya sombra no se reposarán, porque están destinados a coronar las frentes de los otros. Tipo universal de tan abnegada estirpe humana es el maestro de escuela, de quien los de la estirpe derivan con razón el nombre de maestros. Su obra casi impersonal, casi invisible, si no invisible del todo a los ojos contemporáneos o vulgares, no se revela sino en el futuro convertida en carne y espíritu de generaciones que marcarán con sello perdurable y característico el alma de su pueblo. Para hablar de

un modo que se acuerde con su obra impersonal, puede asegurarse que de ellos provienen, así los poetas y filósofos de Grecia como los capitanes y legisladores de Roma, así los artistas del Renacimiento como los conquistadores y misioneros de España, así los modernos letrados franceses como los maestros de escuela de Suecia o la Argentina.

La obra de ellos, casi siempre invisible e inactual, asume desde un principio en ocasiones, con relieve imprevisto y luminoso, actualidad eterna, como sucede en ciertas apariciones geniales. Pero aun entonces puede continuarse preguntando de ellos qué hicieron, qué dejaron, cuál fué su obra, porque es difícil o imposible en tales casos considerar la obra por sí sola, desligada en absoluto del nombre mismo del maestro. Así, reduciendo el suceso a las humildes proporciones humanas, podría preguntarse qué hizo, qué dejó, cuál fué la obra de aquél que, por sólo trazar en el aire signos de misterio y balbucear palabras peregrinas de belleza y amor a la orilla de un lago del árida tierra galilea, trocó los conceptos y valores corrientes de su época, dividiendo en dos partes irreconciliables y distintas la historia del mundo. Y fuera de tan singular suceso, para el que muchos pudieran invocar la intervención de una fuerza divina, y refiriéndonos a un pasado más próximo a nosotros, oiremos al vulgo formular más de una vez idénticas preguntas, como frente a aquel Mallarmé que en nuestros tiempos pro-

movió una de las más hondas y trascendentales revoluciones artísticas de las letras humanas, con sólo enunciar, en el apartado rincón donde recibía paternalmente a sus íntimos, unas cuantas palabras de sentido enigmático y recóndito para la multitud, que, recogidas y echadas a volar por algunos de sus discípulos atentos, llevaron a los cuatro vientos del espíritu la buena nueva del Arte. Si no con el mágico prestigio que explende en tan excelsos ejemplares, tal fuerza o dón de producir obra magna y efectiva con hechos y palabras insignificantes en apariencia, constituye el carácter privilegiado de esa especie de hombres. Ellos son los verdaderos precursores, los inspiradores, los iniciadores verdaderos de toda acción: tal vez no hay en la historia de ningún país un movimiento cualquiera, científico, literario, político o social, en cuyo punto de partida, buscando bien, no se encuentre uno de ellos. Y aunque por su índole parecen empeñados en borrar su huella, porque, exentos de vanidad, no reclaman nunca para sí las ideas que pródigamente sembraron y luego florecen como originales de los otros, no es imposible, ascendiendo a los orígenes de un movimiento cualquiera, atinar con la huella del que fué de oído en oído a comunicar la palabra conveniente, a insinuar en el momento preciso el consejo necesario, y así discreta y fragmentariamente construyó el basamento sólido, sobre el que más adelante surgiría, indiferente al nombre y a la

gloria de su primitivo arquitecto, el edificio futuro.

De ellos fué por la modestia silenciosa de su vida y por lo generoso y fértil de su obra, el maestro que hoy glorificamos. Enseñó siempre y de todas las maneras, pero sobre todo con el ejemplo, que es la manera de enseñar más provechosa. Primero y principalmente, dentro y fuera de institutos y de cátedras, profesional o profesor, enseñó con el decoro de su persona y la austeridad casi adusta de su vida. Frente a los honorables de relumbrón, que se denuncian de lejos como vulgar pacotilla de contrabando, fué el ascua de oro encendido de la virtud auténtica. Jamás llevó a la cátedra, ni a la cabecera del enfermo, ni a la serena deliberación de la consulta, el eco de las malsanas pasioncillas callejeras. Incapaz de la envidia, que sólo es buena a medir la miserable escasez del envidioso, fué harto inhábil también para las artimañas y tretas de ese demonio familiar en las pequeñas luchas de nuestras parroquias pobres, que induce a tantos malaventurados a rastrear los fatales errores del compañero, con el solo objeto de confundirlo, o a prevalerse de la ausencia, cuando no de la nobleza misma del superior, a fin de suplantarlo.

La generosidad caballeresca de su corazón se acordaba en perfecta armonía con su espíritu siempre abierto a la luz y al calor de las ideas. Contra lo previsto para la mayor parte de los hombres llega-

dos a cierta edad, su inteligencia no se fatigó de comprender, y la caduquez, irremediable en el mayor número, que paraliza o anquilosa las más altas facultades de la mente, no entorpeció en un ápice el ágil revolotear de las ideas en su espíritu. De ahí que el nó categórico y dogmático del dómine jamás partiera de sus labios; de ahí que él no se desdeñara de allanarse a discusión con el colega inexperto y el estudiante mismo; de ahí, en fin, que su palabra, antes que disciplina o freno, fuera más bien acicate al entusiasmo de los jóvenes. Y así, al enseñar a la manera de los antiguos, casi en el silencio, apenas con el consejo y la plática, tomando participación preponderante y discretísima en ciertas iniciativas fecundas, como la que abrió, con la fundación del primer hospital verdadero entre nosotros, un vasto horizonte a la Clínica, y aquella otra que, con la cátedra de Fisiología experimental, restableció a la medicina venezolana su carácter de ciencia, la habilidad suprema de él, que es al mismo tiempo lo mejor y lo más ignorado de su obra, consistió en alentar, encauzar y guiar los entusiasmos e inteligencias juveniles, para que, por él y con él, cumplieran el voto secreto de su corazón, el ideal de toda su vida, que fué continuar, perfeccionándola en el tiempo, la obra insigne de Vargas.

A Calixto González puede considerársele, en efecto, como el representante de los pocos hombres de ciencia que, en el desarrollo histórico de

la medicina venezolana, tendieron un necesario puente ideal, invisible y seguro. Él y su obra surgen en ese puente, como si fueran el puente mismo de luz que enlaza la renovación de la medicina, verdadera creación casi realizada en la aurora del siglo diez y nueve por su maestro, a esta otra renovación de la medicina que en los últimos veinte años realizaran sus discípulos.

Considerada desde esa altura, su enseñanza de sabio significa al mismo tiempo una alta enseñanza patriótica, la del que hizo íntegramente su deber, al continuar para su ciencia la obra de aquella generación admirable de los albores del último siglo, a cuya sombra sagrada, porque era la sombra de un gran bosque de laureles, discurrió y se nutrió su primera juventud. Su rostro sereno y grave, y por ello sólo merecía perpetuarse en materia incorruptible, trajo y supo llevar dignamente el reflejo de aquella generación maravillosa.

Y para que su enseñanza de sabio no pecara de monótona y seca, nos dejó dentro de su obra de cultura una sobria lección de belleza y de vida. Nos enseñó que la vida más penosa puede también coronarse de belleza. Nos enseñó que la virtud y el saber no están reñidos con la gracia. Como la suave luz del amanecer por sobre las agrias cuestas del monte, sobre su austeridad casi adusta se deslizó más de una vez la sonrisa de la poesía. Frecuentó secretamente las Musas y con ellas discreteó como conviene a su abolengo divino, en la divina lengua

del Lacio. En sus discreteos, como acontece a menudo a los hombres de espíritu serio y reflexivo, puso a cantar la vena irónica. Y sobre el cayado, y la serpiente, y la copa henchida de brebaje amargo y rico en salud, que son los atributos de Asclepios, deshojó las frescas rosas joviales del epigrama latino.

Discurso de la Raza

pronunciado el 12 de octubre de 1915 en el Teatro Municipal de Caracas, al fin de la velada en que ese año remató la Fiesta de la Raza, promovida y llevada a cabo todos los años en esa misma fecha, propicias las autoridades locales, por la Colonia Española.

Señor Ministro de Instrucción Pública, representante del Ejecutivo Federal; señor Gobernador del Distrito Federal; señores:

SI la fiesta de la raza no contuviera en sí misma la más clara y honda significación espiritual, bastaría a dársela perfecta el actual momento histórico en que la tierra entera amenaza desfallecer y desquiciarse bajo un formidable combate de cíclopes. Del uno al otro extremo del Viejo Mundo surgen las más grandes naciones ordenadas y escalonadas en fieras actitudes combatientes, como en un gigantesco bajorrelieve heroico, ideado por la mente vengadora y sombría de un Miguel Angel.

Y si se piensa que lo que antes fué lucha de

nación contra nación, y hoy lo es de grupo de pueblos contra grupo de pueblos, puede mañana convertirse en choque de razas, muy bien puede ser para los de habla española, esta fiesta, como toque de llamada imperativo, o ineludible ocasión de reconocerse, a fin de mejor aperebirse y prepararse a cuanto de grave nos reserven los días futuros.

Tengo por innegable y evidente el sentimiento español de Venezuela, sobre todo desde aquellos días de hace ya cuatro años, cuando el entusiasmo de la juventud y las más candorosas y espontáneas demostraciones populares acogieron por las calles de Caracas al descendiente de Morillo, el que, en lugar de la espada ponderosa de su abuelo, el Pacificador, nos traía un mensaje familiar, el mensaje de amor que la Patria grande enviaba a una de sus hijas, a una de las patrias nuevas que ella, aquende el Atlántico, alumbró con los dolores de su heroísmo, limitó con su voluntad, armó con sus leyes y nutrió con el pan y el vino de su civilización mediterránea, la primera entonces en el mundo.

A ese mensaje de amor contestaba nuestro amor a España, subiendo de los corazones a los labios con ímpetu incontenible. Al odio a España de hace un siglo, que fué necesario y fatal pero también pasajero y efímero instrumento de lucha, sucedía en nosotros el amor a España, más necesario y fatal todavía, porque va en la raíz de nuestro sér

como un mandamiento categórico de la sangre. Ya fuese preparado por la obra de algunos escritores, ya por la obra de conquista del antiguo misionero, proseguida y acabada más tarde merced a la tácita y milagrosa labor del espíritu en la lengua, es lo cierto que nuestro pueblo parecía haberse encontrado de repente con su vieja alma española. Perdido su centro de gravedad al mandoble demasiado brusco de las grandes espadas de la Independencia, volvía después de una centuria a su antiguo centro de gravedad, recobrando su equilibrio. Obscuramente advirtió cómo desde la magna epopeya de la Conquista había sido, y no había dejado de ser, ni podía dejar de ser nunca española. No en vano corriera, empapando nuestras campiñas, la sangre de los García de Paredes, y se esparciera en nuestras auras aquel suavísimo y delicioso olor de santidad con que la rosa mística de Tinajero, el soldado beato, perfuma la selva de Venezuela en la ingenua crónica de Fray Pedro Simón.

En efecto, fuimos españoles, y nada más que españoles, cuando en pleno régimen colonial floreció entre nosotros el municipio. Fuimos españoles cuando, por medio de libres ayuntamientos, impusimos y depusimos magistrados, repitiendo en pequeño lo que ya en grande, coronando y descoronando reyes, realizaron en tierra europea las primitivas cortes castellanas. Fuimos españoles en el mismo amor de la independencia, perseguida

con la tenacidad que palmo a palmo rescató su patria el soldado de la Reconquista. Genuina y castizamente españoles son, de Miranda a Sucre, nuestros libertadores excelsos. Por sangre y habla españolas, como por escala ascendente de redención y luz, llegaron a la libertad política y civil dos razas: la raza aborigen vencida y la raza africana esclavizada. Y con sangre y habla españolas plasmaron y asumieron esas razas diuturnos relieves de bronce en aquellos mestizos que, partiendo de todos los confines de Venezuela, fueron, con el mismo viril desenfado de los antiguos conquistadores, a reabrir los viejos caminos de América, en apariencia irrevocablemente cerrados y en sombra desde los tiempos de la conquista, para iluminarlos de gloria y libertad imperecedera con el sol de Ayacucho.

Y cuando, ya en la República, buscamos formas democráticas extremas, obedecíamos a la fatalidad originaria, y, queriéndolo o no, demostrábamos provenir de la nación, única entre las naciones, donde el más humilde pechero discurre y obra como gran señor, y todo gran señor, en acatamiento a la virtud suprema y nacional del orgullo, se aviene sin reparos a la condición del pechero. Lo demostramos también con nuestro espíritu regionalista, con nuestro individualismo exigente, que muchas veces degeneró en anarquía y desbarajuste, y con nuestra constante y secreta aspiración a una sólida estructura federal, reminiscencia

lejana de los antiguos reinos españoles, eco del soterráneo latir de las provincias hispanas, reclamantes eternas de sus fueros y las que, desemejantes por naturaleza, espíritu y carácter, desde las férreas costas cantábricas, pasando sobre el fecundo y suave aliento virgiliano de la campiña gallega, sobre la fuerza aragonesa, navarra y catalana, por la ardiente austeridad mística de Castilla, hasta la eterna y voluptuosa fragancia de azahares de los cármenes andaluces, integran, en su diversidad pintoresca dentro de la unidad hispana, el más maravilloso ramillete de vida, en que cada flor, cediendo un reflejo suyo a las demás, no pierde nunca por ello el matiz propio.

No entiendo, al hablar de razas, rendir parias a un criterio de biología metafísica, porque otra cosa no sería el hablar de ellas en estricto sentido antropológico, ya que ninguna existe en estado de pureza. Dícese que en un vaso de vino podría caber la sangre helénica pura que circula hoy en la corriente de la sangre mediterránea. No mucho mayor fuera el vaso necesario a contener toda la sangre latina. Y siguiendo el símil, sin más que ampliar un poco y ahondar otro poco el vaso, estaríamos autorizados a pensar lo mismo de la sangre española, si con tales palabras nos concretásemos a expresar la prístina sangre ibera.

Conquistadora, la raza española no se limitó, como otras razas, a vivir junto a la raza vencida, igual o más débil, sin importársele del presente o

del futuro de la raza vencida, ni mucho menos des-
deñándola, menospreciándola, oprimiéndola hasta
reducirla poco a poco a uno como apartamiento
de leprosería, o como a un ghetto abominable.
Y dominadora o dominada, fué siempre distintivo
suyo aquella fuerza latente y milagrosa de asimila-
ción con que se apropió y sumó la savia de otras
razas y pueblos que, a la postre, se hicieron carne
de su carne y vida de su vida. Dominada por el
romano, tomó del espíritu de Roma cuanto le era
menester para incorporarse a la primera latinidad
con sello propio, en una serie ilustre de filósofos,
emperadores y poetas. Gracias a tan maravillosa
virtualidad, suevos, vándalos y alanos, visigodos
y moriscos, árabes y africanos puros, trabajados y
apurados por el fermento ibero, cuajaron al fin en
viva y cálida substancia española. Y si a ello se
agrega la obra de la lengua, obra de años y de
siglos, la obra de cincel callada, discreta e invis-
ble con que la lengua va en ánima viva labrando
la escultura espiritual, nada tiene de peregrino que,
por idéntico proceso, aconteciera igual cosa a las
razas que constituyen la nacionalidad venezolana.

A realzar y esclarecer el concepto, pasa al través
de mi espíritu, en medio a una ráfaga de juven-
tud, el gesto de un ilustre poeta criollo que tenía
gran copia de sangre africana en las venas. Vientos
de adversidad, infortunio y derrota soplaban esa
vez implacables para la nación legendaria en cuyos
viejos dominios el sol no se ponía. Delante del

poeta, un hombre del país vencedor, ebrio del triunfo de su país, vociferó denuestos contra España. Y nunca presencié mayor prodigio que la instantánea metamorfosis de aquel pulcro poeta y hombre de paz, en su brusco abalanzarse resplandeciente de ira, transfigurado en arcángel vengador, a castigar allí mismo la bravata impertinente. Alguien acertó a arrancarle aquel hombre a su rápido y muy somero procedimiento de justicia, observándole con piadosa mentira oportuna, cómo el hijo del país vencedor, además de ebrio por el triunfo de su país, parecía estarlo también de la rubia esencia capitosa que se exprime de ciertos cereales. Hoy el poeta yace bajo la tierra, que le devuelve en flores cargadas de fragancia los versos que en su loor compuso; ya la cándida azucena de su poesía no alumbra como interna lámpara de alabastro el tosco vaso obscuro de su cuerpo mortal; pero cada vez que recuerdo su nombre y su obra, o atraviesa por mi espíritu su ademán impetuoso y justiciero, ese alto poeta nuestro se me representa a la vez con indisputable carácter español, tan español como sedienta mota de tierra castellana, o fragante hierbal de Extremadura, o una prosa de Cervantes, o una estancia del Arcipreste, o el neto rasgo andaluz de una virgen de Murillo.

Tal espíritu o carácter, español, quiéranlo o no, amasa y funde en la nación venezolana, desvaneciendo sus diferencias de origen, a las tres estirpes

que hoy traen filialmente su ofrenda a los altares de la raza española. Guiadas por la blanca estrella de un mismo ideal, son como nuevos Reyes Magos que trajeran una ofrenda común y, en pausa de santo recogimiento, se detuvieran de pronto conturbados ante el misterio de una nueva Epifanía. Traen como ofrenda su más completa y preciosa contribución a la gloria de la raza después de una centuria, lo más intacto y limpio de su caudal, que a la vez resulta ser algo español por excelencia. Es un escudo de familia, forjado en forja vasca, donde, sobre gradas argénteas, y entre dos leones fronteros, una torre de plata señorea campo de azur. Debajo van el nombre y la efigie de uno de los más altos e inconfundibles genios de raza española que es aún el Genio de América, el Libertador, Simón Bolívar.

Fué un grito del Avila que, volando sobre los llanos y las cumbres, llenó toda la América. Pero detrás de ese grito, y a través del ritmo férreo de treinta mayorazgos de abolengo, palpitaba el profundo corazón de la raza. Si por la multiplicidad y el desarrollo armonioso de las facultades resalta próximo a los Leonardos y los Goethes; si por la clareza de visión política, dentro de cuya perdurable actualidad viven, y vivirán largo tiempo todavía, su pueblo, y la América, y la raza, no tiene un semejante en la historia, Bolívar fué, por lo demás, genio específicamente español en sus defectos y virtudes. Lo fué por la grandilocuencia de su verbo,

por la amplitud, la majestad y el énfasis de su estilo, que sólo tiene par en la lengua de los Cervantes y los Rojas. Lo fué como un soldado de la Reconquista, o como los primeros conquistadores, en la tenacidad y la continuidad inquebrantables del esfuerzo, que hacen de su vida gloriosa una sola y patente lección de voluntad, en la que, afirmando, a cada catástrofe, la victoria futura, va por una serie de actos de fe, como por una escala ascendente de bastiones tomados a limpio empuje de pecho al adversario, desde el gesto fanfarrón de San Jacinto, el día del terremoto, al soberbio, inapelable y único «triunfar» de Pativilca. Lo fué por su exquisito y agudo espíritu de justicia y por su generosidad ilimitada, hasta ser en tierras de América verdadero trasunto de cuanto hay de justicia y de belleza en la figura ideal del Quijote. Dió su oro y fortuna al amigo, al prócer menesteroso, al soldado infeliz, y cuando se le escaseaba el de la bolsa, daba el oro mejor de su espíritu. Sugería a sus tenientes ideas geniales, de suerte que ellos abrigasen la ilusión de haberlas concebido, para que así no se sintieran malhallados en su presencia. Señor de la fama, no escatinó a los otros fama y laurel. Capaz de toda proeza, forjó a los otros grandes acciones y heroísmos: transfiguró escaramuzas en batallas homéricas, hizo, de triviales capítulos de vida, páginas de eternidad y, a soldados hasta ese instante semi-bárbaros y oscuros, levantó de repente con su verbo divino pedestales de gloria. Se dió por Ve-

nezuela a Colombia, por Colombia a la América, por la América a su raza y, no satisfecho aún, este gran señor de casta española y treinta mayorazgos de abolengo, bajó, con certera precisión de sociólogo, que a la vez de vivo amor fraterno estuviera encendida y penetrada, al abismo de sombras y amargura que entonces fuera el corazón del africano y del indio. Bajo la seducción románico-española del don Juan, vivió la plenitud de la vida caballeresca y heroica del Cid. Y, también como el Cid, sigue librando y ganando batallas por nosotros más allá de la muerte.

Pero no vaya a decirse que estoy para caer en la manía muy nuestra y española, de rememorar glorias pretéritas, como si yaciéramos petrificados en un ideal inmóvil, en un vano y estéril culto a la muerte, a semejanza de nuestro remoto abuelo celtíbero. Desde luego jamás alcanzaremos a impedir que nuestros muertos perduren en nosotros y gobiernen e inspiren nuestros actos, por la ley fatal de la herencia. Incumbe a nosotros convertir ese culto a la muerte en canción de vida y esperanza. Para eso, lo importante, necesario y esencial es que nosotros infundamos a nuestros muertos nueva vida con nuestra propia vida y acción cada día renovada, de modo de establecer entre ellos y nuestro espíritu una como perpetua y fecunda ósmosis de gloria.

Bien están sobre los altares de la raza el capitán de la Reconquista, el tercio de Nápoles y Lombar-

día como el tercio de Flandes, el expugnador del Africa, los descubridores, los conquistadores y los libertadores de América, Velázquez y Góngora, artistas y poetas, filósofos y místicos. Nosotros, los descendientes, debemos arrodillarnos ante esos altares, pero no olvidarnos ahí en actitud contemplativa, ensimismada y ociosa. Nosotros, los descendientes, debemos ir más allá, más allá de donde, en huerto cerrado, florece el rosal místico, más allá del vasto laural de la raza, hoy dormido y silencioso bajo un ocaso de púrpura, a cultivar con el ardor de nuestro esfuerzo y la sangre de nuestro espíritu, aquellas parcelas vírgenes que desgraciadamente quedaron descuidadas e incultas en el alma española.

Nos lo impone a la hora presente el sangriento espectáculo del mundo, ante el cual debemos permanecer en expectación operosa y reflexiva, atentos a cuanto encierra para nosotros de saludable admonición y enseñanza.

Ante ese espectáculo doloroso, esta fiesta de la raza, así como la última palabra de aquél que tantas dijo resplandecientes y profundas, la última palabra de Bolívar aplicada a todos los pueblos de nuestra habla, cobran significación trascendental, clara y precisa. Parece llegado el momento de unirse y disciplinarse los pueblos de raza española para grandes batallas de toda especie que se están incubando en el mundo. Y no sería delirante, sino de lógica llana y corriente esperar que ellos como

nadie contribuyan a precipitar sobre la tierra el advenimiento de lo que en un sentido profundo podría llamarse el reinado del Quijote, cuando, tras de inevitables conflictos de razas y de pueblos, queden sobre los pueblos y las razas imperando como fuerzas únicas la libertad y la justicia. Por eso, al acercarse con su ofrenda a los altares de la raza española, imagino conturbadas ante el misterio de una nueva Epifanía a las tres estirpes que en esencia constituyen la nacionalidad venezolana.

Jamás desesperé, o más bien siempre creí, y siglos del tiempo me lo corroboran y aseguran, en un universal resurgimiento de todas las Españas, aquende y allende el Atlántico, desde la ubérrima pampa argentina hasta la tierra mártir de México, y de ahí al mismo hogar de la raza por entre los collares de islas en cuyas playas la voz altisonante del océano fraterniza con la rotunda cláusula española.

Cierta vez, durante el radioso mediodía de un abril castellano, esa visión fulguró sobre mi espíritu. Acababa yo de salir, abrumado y confuso, de entre aquellos muros eminentes, formidables y macizos del Escorial, que con tan malhadada insistencia se interponen entre el ojo del extranjero y el espíritu español, después de haber descendido a la cripta suntuosa, yacija de reyes, y de haberme paseado en la amable compañía de un fraile joven, color de aceituna, artista y sabio, que, entre comentarios eruditos, me hizo peregrinar por una

selva de maravillosas mayúsculas miniadas de antifonarios y misales. Ahí cerca, a pocos pasos del Escorial salieron a mi encuentro, porque ahí asistidas de guarda paterna me esperaban, tres damas de una gran república de esta América del Sur. Eran tres hermanas, y todas tres jóvenes y bellas, como en una alegoría. Y, también como en una alegoría, sobre sus pechos abrazaban sendos manojos de lilas en flor, que son en aquellas latitudes el primer claro y puro sonreír de la Primavera. Entonces, a mi espíritu, los muros del Escorial se hicieron de substancia transparente y luminosa. Contra las palabras mal sonantes y fatídicas del malhumorado estadista inglés, yo ví, sobre la España eterna, surgir una España nueva, engrandecida y multiplicada. Y en las vírgenes llenas de gracia, enjovadas con la sonrisa de la primavera, columbré a las hijas que volvían, un gesto de imperio hispano en las frentes altas y resueltas, a remozar y alegrar el viejo hogar de la raza con el coro unánime de sus voces frescas y juveniles.

Discurso de mantenedor

pronunciado el 19 de febrero de 1916 en el Teatro Municipal, durante los primeros Juegos Florales de Caracas, promovidos y organizados por Luis Alejandro Aguilar, director de "La Revista": celebra la Belleza, la Poesía, la Mujer y la Patria.

BERDONAD, oh poetas, si mis labios pecadores empiezan quizás blasfemando, al expresar que, si bien la poesía no es cosa fácil de someterse a pautas académicas, ni a certámenes y concursos, porque ella es libre y soberana y vive sobre todo de libertad, al aire y al sol, en cambio la belleza, al menos dentro de una ideal organización de vida socialista, podría administrarse de idéntico modo que se administran el capital y el trabajo, que es capital en potencia, y el oro y el carbón, y el calor y la luz, y la misma sor agua, la hermana utilísima y preciosa de Francisco de Asís. ¿El secreto de la genial sutileza y armonía de griegos e italianos, principalmente de los griegos antiguos, no estará en que, de modo instintivo y obscuro, sin llegar a darse cuenta muy clara de ella, como para conden-

sarla y formularla en preceptos de ciencia política, sorprendieron y realizaron la economía de la belleza?

La belleza, aristocrática de suyo, es a la vez democrática por excelencia, porque se halla en todas partes y al alcance de todos. Y para todos puede ser estímulo y corona de la acción, acicate y premio del trabajo, suave refugio de paz y playa incomparable de olvido.

Hace algunos años recibí, y se grabó con caracteres de viveza estelar en mi memoria, la confianza de un amigo mío y hombre de buena fe, pero más de ensueño que de acción, por cuyo espíritu en congoja acababan de pasar en ese entonces las miserias de la lucha, con su acre y negro tropel de tribulaciones y desengaños.

«Ya el asco y la amargura—así terminaba su confianza mi amigo—ya el asco y la amargura martirizaban mi boca y un tumulto de sentimientos para mí desconocidos hasta ese instante henchía mi corazón, cuando recordé que no muy lejos, entre árboles oculta, deshabitada y en soledad hurafña y triste, pero con segura acogida de amor, me esperaba en vano hacía tiempo la casa paterna. Y una tarde, cuando empezaba a caer sobre la tierra la diáfana ceniza luminosa del claro de luna, corrí a guarecerme en el amor de esa casa, que no es de mármoles pulidos, ni siquiera vivienda señorial trabajada con precioso material extranjero, sino de humilde bahareque, hecho con puro barro criollo. Allí encontré que,

sobre el jardín paterno, como en los versos de Leopardi, centelleaban las mismas estrellas y constelaciones de mi niñez; un filo de luna rompía en fulgores de nieve en los rotos cantos de granito del Avila; encima del abra de oriente fulguraba la radiante y magnífica geometría de Orión; con el recuerdo de un amigo muerto que, en vida, me conjuraba a no apartarme jamás de los caminos del arte y la belleza, bajó, a través del negro follaje de los naranjos plateados de luna, a platicar dulcemente conmigo el más amable y risueño fantasma de la mocedad, y, por sobre la orquesta infinita de los grillos, leves músicos de la noche, se dilataba y ahondaba el silencio. Y me sentí como un agua tempestuosa que súbitamente quedara tranquila y en la que, precipitándose al fondo también súbitamente la hez, dejase arriba el cristal puro. Así, purificado y puro me encontré, tan puro como si estuviera saliendo de la misma voluntad del Creador en la primera mañana del Paraíso. Fué obra del silencio—terminaba asegurando mi amigo—de aquel divino silencio de las noches del campo, que es como un dulce piélagos sin riberas. Fué obra del silencio, que me permitió oír la música de los astros y mi propia música». Y, mientras yo, respetuoso, escuchaba cantar la emoción en el acento apasionado de mi amigo, para mis adentros pensaba que fué sin duda el silencio, pero como la circunstancia propicia, como el pedestal sereno que dió maravilloso relieve a la belleza de la noche estrellada.

He aquí como una belleza cotidiana y humilde es a veces remedio precioso para un corazón llagado. La medicina sabe hace tiempo la eficacia del paisaje sobre el dolor que se recoge en lazaretos y hospicios. Y a las mismas puertas del sanatorio de los climas templados el eterno verdor de los pinos erige su esperanza heroica sobre la blancura implacable de las nieves de enero. Ante el claro milagro de unos pétalos desconocidos, de nieve o de oro, cede la pena del herborista o del rústico. A una vuelta del sendero, la tristeza del caminante se desvanece en la dulzura de un cantar, o se apacienta y deshace en la fresca visión de una empalizada florida.

Y así como es a veces bálsamo, remedio y paz, otras invita a la acción, y siempre es inagotable y mágica surgente de poesía y de arte. Cada pedazo de tierra puede tener su dueño, pero todos ellos unidos integran el paisaje, que no es de ninguno, o lo es de todos. Así, cada cosa de gracia y belleza puede también tener su dueño, pero la belleza es tesoro común, donde nosotros, oh poetas, que de ordinario no conocemos otra heredad, podemos colmar las manos y el espíritu. Está en el insecto y la flor, en la roca y el árbol, en el valle y la montaña, en la floresta y el mar, en la tierra y el cielo. Dentro de las entrañas de la tierra es el ensueño de la mina en la fúlgida chispa de oro o en el agua intensa del diamante. Es la risa ingenua y sana de la naturaleza y de la vida en el agua que

se despeña de las cumbres. Viaja en la nube y alumbrada en la estrella. Cifre diadema y viste manto de luceros en los palacios de la noche; como una virgen del Botticelli se asoma a los balcones de la aurora a deshojar los blancos lirios del alba y, como la reina destronada de una tragedia antigua, se aleja con la muerte en el corazón por los caminos del ocaso, entre columnas de jaspe y oro, bajo velámenes de púrpura.

Un bosque de olivos junto al mar, un crepúsculo visto desde la linde del bosque, el jardincillo de oleandros que por sobre la curva armoniosa de un lago de Italia, se mira en el espejo azul, una cuesta de castaños, de encinas o palmeras, cualquier atisbo de paisaje, cualquier momento fugaz o rápida visión de belleza, repitiéndose con su dulce y tácita influencia a través de los años, merced a la virtud secreta de la memoria, basta en ocasiones a embellecer toda una vida.

Y más allá de la estrecha y forzosamente limitada esfera de una vida, toda cosa de belleza, aun la belleza fugitiva de la noche estrellada o del crepúsculo, puede asumir, con su íntegra potencialidad bienhechora, aliento y substancia inmortal, convirtiéndose en la alegría perenne de Ruskin, alegría perdurable y de todos, por la divina tauromaturgia del verbo. Dice Goethe cómo, al pasar la frontera del Tirol y divisar la maravilla del lago de Garda, vió aparecérselo numeroso, fuerte y

palpitante, a manera de un sér vivo, este verso virgiliano:

Fluctibus et fremitu resonans Benace marino.

Así, a distancia de siglos, por obra y sortilegio del arte, un momento de belleza vivido ante ese mismo lago de Garda por el poeta de las Geórgicas, se renovaba con toda intensidad y precisión de hermosura a los ojos encantados del poeta de la Iffigenia. En versos de Wordsworth vivimos con igual actividad, inocencia y frescura, la misma mañana que, hace muchos años, el poeta vivió entre los campesinos de Escocia. Y de igual modo, a través de los versos de Homero, podemos columbrar con nuestros ojos cansados de hoy, como si estuvieran cayendo todavía, las mismas rosas de luz que una aurora de hace ya muchos siglos deshojara sobre el blanco jardín de mármoles de la antigua Grecia.

Pero donde la belleza fugitiva de seres y de cosas, antes de hacerse carne del verbo, sangre de estilo e incorruptible materia de arte, encuentra su más propio resumen, trono y expresión, es en la mujer que, siendo a la vez planta y flor, llama y fruto, crepúsculo y aurora, otoño y primavera, tierra y cielo, mantiene todo eso amasado con mirra de gracia y sujeto, además, a inapelable soberanía de amor, cuyo ministerio ejerce, porque es ella la que abre a las generaciones las puertas

de la vida. Tan alto y privilegiado entronizamiento, que no es invención de mi lisonja sino verdad estricta, os apareja, oh hermosas, deberes difíciles e innumerables. Mas, no temáis que yo abrume vuestras cabezas gentiles con el recuento de esos deberes. Afortunadamente, ni poseo la requerida austeridad y autoridad para ser buen predicador, ni a los términos de este breve sermón lírico ajusta bien sino hablaros de un deber muy de vosotras, de fácil cumplimiento, por avenirse a vuestra propia inclinación y ser como la espontánea y lógica expansión de vuestras gracias.

Cuentan las crónicas del siglo xv francés... (Pero antes creo justo recordar que, ya para esos días, la piqueta de un obrero italiano había exhumado a la luz preclara de Roma el sarcófago en cuyo álveo fúnebre y, en apariencia dormida, no muerta—con tan consumado arte perpetuara el embalsamador la frescura de aquel cuerpo juvenil—yacía una virgen de excepcionales encantos y hermosura bajo la inscripción lacónica y latina de «Julia, hija de Claudio»; hallazgo divino en que se inició el Renacimiento, la universal resurrección de todo un pueblo de dioses de mármol sepultados con impío menosprecio bajo el polvo y el más prodigioso y encendido reflorcer, en la estatuaria como en la pintura, en el arte como en la vida, de cuanto en el viejo espíritu del paganismo significaba sana alegría y belleza).

Cuentan las crónicas del siglo xv francés, cómo,

en cierta ocasión, los habitantes de Tolosa obtuvieron de sus autoridades que obligasen a ponerse al balcón, una o dos veces por semana, para ser vista de todos, a una doncella tolosana de resplandeciente hermosura. Y bajo ese balcón del prodigio, en los días de antemano señalados, y cada vez más numerosa, esperaba la multitud, compuesta de gentes de todo linaje, de todas las clases y gremios, obreros y artesanos, hombres del campo y de la ciudad, poetas y artistas, cada uno ansioso de ser el primero en recibir en los ojos y en el alma la aparición de la belleza. De tan excelsa y cándida cima de admiración desinteresada, bajaba la alegría a los corazones, y, con la alegría, en el brazo del obrero se insinuaba el estímulo para hacer más acabada la obra, en la mano del campesino la fuerza para hacer más hondo el surco, y en el alma de artistas y poetas aquella fiebre gozosa de la creación de que se alimenta el genio de poetas y artistas. Una fragancia nueva se exhaló de los huertos y jardines de la ciudad, se esparció por los contornos, traspasó los términos de la provincia y echó a volar por la nación y por la tierra su alma alada y leve, hecha de una centella de alegría fecunda que, en su propia virtud, llevaba a dondequiera el contento y la abundancia. Porque, sin duda, al casto influjo benéfico de aquella intermitente y soberana aparición, granó más y mejor la espiga de los campos, más dorada y perfecta llenó la dulce preñez del racimo en los viñedos que on-

dulan por las suaves pendientes del Ródano, más gallardo y fuerte alzó el testuz coronado de bejuco florido el toro de la Camargue, con más puros rasgos de belleza empezaron a nacer los hijos de los hombres, y con más ímpetu y fulgor abrió la estrofa sus pétalos musicales, como una rosa de poesía, en la inspiración del poeta.

¿No podrá decirse de Paulina de Viguière, porque ese era el nombre de la hermosa, que es la abuela remota, pero legítima, de la Mireya de Mistral? Sea de ello lo que fuere, siempre hay una Paulina de Viguière asomada, como a su propio balcón, en el alma del poeta, del artista, del sabio, del estadista, de cuantos pueden glorificarse con el magno título de creadores, en la ciencia, la política o el arte.

Ellas marcan las diversas vicisitudes en la carrera de los grandes hombres, aparecen de modo más o menos velado como las inspiradoras de sus hechos y, a la postre, son el comentario mejor y el más claro y poético de sus vidas. A lo largo de una vida genial, van, como los raudos portadores del fuego sagrado en la clásica fiesta helénica de las Panatentas, pasándose una a otra, de suerte que nunca se apague y cada vez alumbre con encendimiento nuevo y divino, la antorcha del genio. Típico, y por ello citado a menudo, es el caso de Goethe: a su obra y a partir de sus primeros balbuceos infantiles, para llegar, pasando, en la cima de su juventud, sobre la serena cúpula toda de

euritmia y de mármol de Paros de la Ifigenia, a sus creaciones de la edad proecta representadas por la segunda parte del Fausto, va ciñéndose, a modo de no interrumpido comentario de amor, la belleza de la mujer, desde la humilde muchacha de Frankfurt y las dos hermanas rivales habitantes de Estrasburgo hasta la dulce virgen adolescente cuyo amor, semejante a rosa recién abierta, bañada aún de aurora y de rocío, coronó, con la piedad y la ilusión de la primavera, la frente del poeta octogenario. Asimismo, a pesar de la honda diferencia de vida y de la muy diferente naturaleza genial del hombre y de la obra, bien podrían los historiadores reconstituir, con sólo vagos paréntesis de duda, la influencia indisputable de la mujer en la vida y la obra del que, sin versificar ni rimar, y de palabra y de acción, fué nuestro más alto poeta, por el numen profético del vate, la suprema alteza de las concepciones y la magnificencia del estilo. No la ambición del imperio, forjada en la calumnia de sus adversarios, ni aquel su imperio de orgullo con que se eleva a sí mismo sobre emperadores y reyes, sino la sola virtud que esplende de su verbo glorioso, impone a Bolívar en la historia bajo la efigie del imperator que arrastra paludamento de púrpura. La claridad y precisión de su estilo provenía quizás de la luz de este valle donde naciera y de la nitidez de líneas que asumen las cosas en medio de esa luz; pero, en gran parte, debía a la mujer

aquella sensibilidad múltiple y exquisita, que va de la gracia ligera y voluble al trágico acento clamoroso, y cuyo intenso aroma inconfundible surge, como de un cofre esculpido en el cedro más perfumado y amargo de nuestros bosques, del «Diario de Bucaramanga».

Naturalmente, la belleza fugitiva de seres y de cosas habéis de fijarla y apurarla en el esfuerzo y el trabajo, después que la fecunde vuestro propio dolor, oh poetas. Devolveréis a la tierra su belleza, ya convertida en belleza propia, arrancada a vuestras entrañas como el oro de la mina, o sorprendida en el sonoro tumulto de vuestros corazones, para ponerla fuera de vosotros a vibrar en música perenne con el ritmo de vuestra sangre. Y así vuestra poesía no será fútil juego malabar de puro verso y rima vana, sino fruto de bien, de justicia y de amor, pero sobre todo de amor, que es el polo espiritual de los creadores de belleza.

Ya sabéis lo que el odio humano incuba y precipita, sobre la inocencia inmutable de las cosas. Hace alrededor de veinte años, hombres de todos los países andaban por la tierra proclamando, como un hallazgo divino, haber descubierto en el odio una extraordinaria virtud, el instrumento mejor, si no único, para crear un alma nacional, un insustituible forjador, cincelador y mantenedor de patrias; y de ahí vinieron los nacionalismos intransigentes, menguados y miopes, que enseñaban a los pueblos a desconfiar unos de otros, a desco-

nocerse, a negarse la más rudimentaria y común vibración de humanidad, por el solo hecho de estar separados apenas por la cresta de un monte, por una mancha de selva, por el cauce de un río, o hasta por un simple vallado que, inútilmente, a la insensata ceguera humana, oponía y sigue oponiendo aún, a cada primavera, su lección de belleza y amor, porque el vallado no da sus preferencias a una parte sobre otra, sino que florece para todos y a todos perfuma.

Gigantesco fracaso de esas prédicas y de políticas y políticos inspirados en el odio, ahí tenéis presente la catástrofe: presente a todos en espíritu como una pesadilla, se desata en espíritu y en verdad sobre la tierra de tres continentes como una vorágine espantosa. Y no son quienes la provocaron los primeros que desaparecen, como fuera de justicia, en su enorme vientre oscuro. Su voracidad infinita se mantiene devorando inocentes y encendidos corazones de madres, puestos en cruz, cándidas ilusiones de novias, la sangre y el oro de los pueblos, la flor del espíritu y de las razas, y la esperanza misma de una paz risueña coronada de promesas de fruto, porque por donde ella pasa, arrollándolo todo con su ala trágica y monstruosa de quimera, no queda sino un calofrío de terror milenario ante la inminencia de una larga y honda pausa del pensamiento y de la vida, como jamás la presintieran los hombres, en tanto que, a semejanza del humilde vallado, en vano hace veinte

siglos, que, entre parábolas de luz, pregonan su eterna enseñanza los lirios de amor del Evangelio.

El seco egoísmo, la incomprensión y el odio, tres hermanos distintos y una sola fealdad verdadera, sólo en apariencia crean, fundan o dominan. El francés de la Revolución, reivindicando, no sus propios derechos, ni los derechos de esta o aquella casta, sino los derechos del hombre, se enseñoreó de la tierra. Y nuestros libertadores, hablando, no en el nombre de Venezuela o Colombia, de una determinada provincia o patria, sino en el nombre de toda América, fueron un día los árbitros del Nuevo Mundo.

Miserable patriotismo aquel que apenas resultara del odio a los otros pueblos, de la injusta y fanática negación de las otras patrias. El patriotismo ha de ser más bien suma de amor, puesto que todas las virtudes y excelencias que admiramos en las otras patrias, quisiéramos verlas trasplantadas a la nuestra, a tal punto que ésta, luego de asimilárselas en la justa medida de su genio y espíritu, pueda, tarde o temprano, lucirlas como virtud y excelencia propia.

Enriquecidos con el respeto y el amor a las otras patrias, debemos nosotros amar y cultivar la nuestra.

Amadla y cultivadla con suma de amor, limpio como de cizaña el trigo, del más leve resabio de odio que, siendo a veces entre hermanos más profundo, siempre es más estéril. Amadla y cultivadla

en el trabajo y para el bien, y eso basta. Sobre todo no despertéis, ni mucho menos aduléis el celo demasiado vivo de los unos, ni la suspicacia malévola de los otros. Las más radicales diferencias llegan a resolverse en la perfecta armonía. Y los más contrarios en apariencia y más distantes vienen a ser a veces los aliados mejores en el esfuerzo común: Pueden carbón de Barcelona y cobre de Lara encenderse y brillar juntos en la misma cruzada redentora contra la barbarie y el desierto, la indomitez bravía del Apure apoyarse en el genio civil y emprendedor de Maracaibo dentro de una misma aspiración al bienestar y la justicia, y el llano salir hasta acordarse con el mar, como ya una vez a la vera del mar se acordaron, sobre el ápice de un momento sereno de belleza y candor, en la agonía de Lazo Martí, el dulce poeta pampero. Así, el racimo de Cumaná y el tierno recental de los llanos comparecerán unánimes en el sacrificio de una misma liturgia de amor; sobre la inclemencia del árido médano de Coro lloverán su frescura las frondas de Río Negro; la perla de Margarita desmayará la ternura de su oriente sobre el corazón berroqueño del Avila, y todas las diferencias dispersas acabarán por fundirse en la total armonía de la Patria fuerte y una, desde el mar que le ciñe la frente a guisa de corona hasta la selva que al sur le perfuma los pies, y desde el oro que, escondido en tierra guayanesa, alguna vez nos engañó, hasta

el oro mejor de la espiga que brilla y cuaja al sol de la Cordillera, cuyos enhiestos picos resplandecientes de nieve y luz, debajo de un heráldico vuelo de cóndores, atalayan y recuerdan perpetuamente, como lección de constancia, voluntad y señorío, el derrotero que, en la roca perenne y en la perenne contradicción egoísta, se labró a través de América y del mundo el empeño heroico de los primeros venezolanos.

Con la música de vuestros versos, pero también, oh poetas, con el sudor del trabajo y la sangre de vuestros corazones, forjad ese poema de la patria fuerte y una, tan fuerte y una que la podáis llevar sobre el corazón como un joyel, y esgrimirla, si fuere preciso, con vuestras manos como un puñal, o ponerla sobre vuestras frentes como un escudo, y habréis cumplido vuestro deber para con los antepasados, completando su obra, lo que al mismo tiempo significaría tener cumplido ya vuestro deber para con los hijos de vuestros hijos y vuestros más lejanos descendientes. Desgraciado, dice Leonardo, el discípulo que no supere a su maestro; pero es en verdad mil veces más desgraciado el hijo que no sobrepuja en algún respecto a su padre.

Sé, oh poetas, que un destino aciago, para ellos o para la patria misma, ha seguido los pasos de vuestros mayores. Unos, Andrés Bello primero, en seguida Baralt, partieron a ser, con sus vidas y obras, médula, ornamento y gloria de otras patrias.

Otros, como Fermín Toro, Juan Vicente González y Cecilio Acosta se resignaron al rescoldo escaso de un hogar mezquino y vivieron en la mediocridad y la estrechez, comiendo el «pan del pobre» hasta el melancólico apagarse de sus vidas ilustres. No os deseo, por más brillante que haya sido, el destino de los primeros. Tampoco os deseo la parte ingrata que se encierra en el destino de los otros. Pero si habéis de comer el pan del pobre de Juan Vicente González, hacedlo de suerte que, amasado con sudor de trabajo y dorado a buen fuego de justicia y de amor, ese pan del pobre se convierta en la substancia divina de las generaciones futuras.

Y vosotras todas, oh hermosas que, bajo las dos gemelas tiendas tejidas con la seda oscura de vuestras pestañas, podéis dignamente aposentar a los dioses varoniles de la Belleza, al dios del amor y al dios de la poesía, a Eros y Apolo, sed propicias a los poetas, en tanto que ellos trabajen y vivan el poema de la patria fuerte y una. Pero, al evocar en sus corazones los versos, cual bandada de pájaros melodiosos, cuidáos de no despertar golondrinas que huyen arrastradas por vientos de emigración, sino palomas que se quedan, de esas que uno de los nuestros cantó en su «Vuelta a la Patria», de esas que habitan lo alto de los campanarios y, al sonar de las campanas, parten a revolotear un momento en el azul, para descender de nuevo a posarse a la sombra musical de los bronce,

por lo que vienen a ser, en el sagrado de los templos como los genios tutelares y, sobre los campanarios, contra el azul del cielo, como el esmalte y el blasón de la ciudad nativa.

(Sermones Líricos, Caracas, 1918).

Índice

	<u>Págs.</u>
ELOGIO DEL CANDOR	5
PANEGÍRICO DE CALIXTO GONZÁLEZ	15
DISCURSO DE LA RAZA.....	24
DISCURSO DE MANTENEDOR.....	37